

contenta y sin peligro. Respondióle la doncella: Yo haré lo que me dices; mas aquella Señora que he visto con estos hombres y mujeres, y parece tan linda y apacible, ¿qué tengo de hacer con ella? porque la quiero mucho. Replicóla el demonio: Esa que tú dices es peor que todos, y ella es la primera á quien has de aborrecer, y retirarte de sus engaños, y esto es lo que mas te importa.

162. Con este mortal veneno de la antigua serpiente quedó inficionada la alma de aquella simplecilla paloma, y en vez de mejorar en la salud del cuerpo, se le fué agravando la enfermedad, y acercándose á la muerte natural y eterna. Uno de los setenta y dos discípulos que andaba visitando á los fieles tuvo noticia de la grave enfermedad de aquella mujer; porque un vecino de su casa le dijo que allí estaba una mujer de los de su secta muy cerca de espirar. Entró á verla y animarla con razones santas, y á reconocer su necesidad. Pero la enferma estaba tan oprimida de los demonios, que ni le admitió, ni habló palabra, aunque la exhortó y predicó grande rato; antes se retiraba y cubria para no oírle. Reconoció el discípulo por aquellas señales la perdicion de la enferma, aunque ignoraba la causa; y con grande presteza fué á dar cuenta de aquel daño al apóstol san Juan, el cual sin detenerse acudió luego á visitar á la doncella, y la amonestó y habló palabras de vida eterna, si las quisiera admitir. Pero sucedióle lo mismo que al discípulo, porque á entrambos resistió con pertinacia. El Apóstol vió muchas legiones de demonios que tenían rodeada á la enferma; porque llegando él se retiraron; mas no cesaban de forcejar para volver luego á renovar las ilusiones de que la miserable mujer estaba llena.

163. Y reconociendo su dureza el Apóstol, se fué muy afligido á dar noticia de ello á Maria santísima, y pedirla el remedio. Convirtió luego la gran Reina su vista interior á la enferma, y conoció el infeliz y peligroso estado de aquella alma, y como el enemigo la habia puesto en él. Lamentóse la piadosa Madre sobre aquella simple ovejuela, engañada del infernal y sangriento lobo; y postrada en tierra oró y pidió el rescate de la misera doncella. Mas el Señor no respondió palabra á esta peticion de su Madre santísima; no porque sus ruegos no le fuesen agradables, antes por eso mismo, y por oír mas sus clamores, se hizo sordo; y para enseñarnos también cuál era la caridad y prudencia de la gran Maestra y Madre en las ocasiones que era necesario usar de ellas. Dejóla el Señor para esto en el estado comun y ordinario que la gran Señora tenia, sin añadirle nueva ilustracion en lo que pedia. Mas no por esto desistió, ni

se entibió su caridad ardentísima, como quien conocia que no por el silencio del Señor habia de faltar ella á su oficio de madre, mientras no sabia expresamente la voluntad divina. Con esta prudencia se gobernó en aquel suceso, y luego ordenó á uno de sus santos Angeles fuese á remediar aquella alma, y la defendiese de los demonios, y exhortase con santas inspiraciones, para que se apartase de sus engaños y se convirtiese á Dios. Hizo el Ángel esta embajada con la presteza que saben obedecer á la voluntad del Altísimo; mas tampoco pudo reducir aquella obstinada mujer con las diligencias que como Ángel pudo hacer, y de hecho hizo, para desengañarla. Á tal estado como este puede venir una alma que se entrega al demonio.

164. Volvió el santo Ángel á su Reina, y le dijo: *Señora mia, vengo de ayudar á aquella doncella en el peligro de su condenacion, como Vos, Madre de misericordia, me lo ordenásteis; pero su dureza es tanta, que ni admite ni escucha las inspiraciones santas, que le he dado. He altercado con los demonios para defenderla de ellos, y se resisten, alegando el derecho que aquella alma de su voluntad les ha dado, en que libremente persevera. El poder de la divina justicia no ha concurrido conmigo como yo deseaba, obedeciendo vuestra voluntad; y no puedo, Señora mia, daros el consuelo que deseais.* Afligióse mucho la piadosa Madre con esta respuesta; mas como ella era la Madre del amor, de la ciencia y de la santa esperanza ¹, no pudo perder lo que á todos nos mereció y enseñó. Retirándose de nuevo á pedir el remedio de aquella alma engañada, se postró en tierra, y dijo: *Señor mio y Dios de misericordias, aquí está este vil gusanillo de la tierra; castigadme y afligidme á mí, y no vea yo que esta alma señalada con las primicias de vuestra sangre, y engañada por la serpiente, quede por despojos de su maldad, y del odio que tiene contra vuestros fieles.*

165. Perseveró María santísima un rato en esta peticion, pero tampoco la respondió el Señor, para probar su invicto corazon y caridad con los prójimos. Consideró la prudentísima Virgen lo que sucedió al profeta Eliseo ² para resucitar al hijo de la Sunamitis su hospedera, que no bastó á darle vida el báculo del Profeta que le aplicó Giezi su discípulo, y fue necesario llegase en persona el mismo Eliseo, y tocase el difunto, y se midiese y ajustase con él, con que le restituyó la vida. No fueron poderosos el Ángel ni el Apóstol para resucitar del pecado y engaño de Satanás á aquella mise-

¹ Eccli. xxiv, 24. — ² IV Reg. iv, 34.

rable mujer; y así determinó la gran Señora ir á remediarla por su persona. Propúsole así al Señor en la oracion que por ella hizo. Y aunque no tuvo respuesta de su Majestad, como la obra misma le daba licencia, se levantó y comenzó á dar algunos pasos para salir del aposento donde estaba, y caminar con san Juan á donde estaba la enferma, que era algo distante del cenáculo. Pero en moviéndose, á los primeros la detuvieron los Ángeles, á quienes habia mandado el Señor la llevasen y acompañasen; mas no se le habia manifestado á ella. Preguntóles por qué la detenian. Respondiéronla, porque no es razon consintamos que vais por la ciudad, cuando nosotros podemos llevaros con mayor decencia. Luego la pusieron en un trono de nube refulgente, y la llevaron y pusieron en el aposento de la doncella enferma, que como era pobre y no hablaba, la habian desamparado todos, y estaba sola y rodeada de demonios que esperaban su alma para llevarla.

166. Mas al instante que llegó la Reina de los Ángeles huyeron todos los espíritus malignos como unos relámpagos, y como atropellándose unos á otros con terribles aullidos. Y la poderosa Señora les mandó con imperio descendiesen al profundo, hasta que les permitiese saliesen dél; y así lo hicieron sin poderlo resistir. Llegó la piadosa Madre á la enferma, y llamándola por su nombre la tomó la mano, y la habló dulcísimas razones de vida con que la renovó toda, y comenzó á respirar y volver en sí. Y respondiendo á María santísima dijo: Señora mia, una mujer que me visitó, me persuadió que los discípulos de Jesús me engañaban, y que me apartase luego de ellos y de Vos, porque me sucederia muy mal, si admitia la ley que me enseñaban. Replicó la Reina, y dijola: *Hija mia, esa que te pareció mujer, era el demonio tu enemigo. Yo vengo á darte de parte del Altísimo la vida eterna: vuelve, pues, á su verdadera fe que ante recibiste, y confésale de todo tu corazon por Dios verdadero y Redentor, que para remedio tuyo y de todo el mundo murió en la cruz: adórale, invócale, y pídele perdon de tus pecados.*

167. Todo eso (respondió la enferma) creia yo antes, y me han dicho que es muy malo, y me castigarán si lo confieso. Replicóle la divina Maestra: *Amiga mia, no temas ese engaño; mas advierte que el castigo y penas que se han de temer son las del infierno, á donde te encaminaban los demonios. Ahora estás muy cerca de la muerte, y puedes alcanzar el remedio que yo te ofrezco, si me das crédito, y serás libre del fuego eterno que te amenazaba por tu error.* Con esta exhortacion y la gracia que María santísima alcanzó para aquella

pobrecilla mujer, se movió con grandes lágrimas de compuncion, y la pidió su favor en aquel peligro, estando rendida para todo lo que la mandase. Luego la gran Señora la hizo protestar la fe de Cristo nuestro Señor, y que hiciese un acto de contricion para confesarse. La gran Reina dispuso recibiese los Sacramentos, llamando á los Apóstoles para que se los administrasen. Repitiendo la dichosa mujer los actos de contricion y de amor, invocando á Jesús y á su Madre que la gobernaba, espiró la feliz doncella en manos de su Remedadora, habiendo estado dos horas enteras con ella, para que el demonio no volviese á engañarla. Fue tan poderoso este socorro, que no solo la redujo al camino de la vida eterna; pero la alcanzó tantos auxilios, que salió aquella dichosa alma libre de culpa y de pena. Y luego la envió al cielo con unos Ángeles de los doce que tenian en el pecho aquella señal ó divisa de la redencion, y traian palmas y coronas en las manos, para socorrer á los devotos de su gran Reina. De estos Ángeles queda ya dicho en la primera parte, capítulo XIV, número 202, y capítulo XVIII, número 273; y no es necesario repetirlo ahora. Solo advierto que á estos santos Ángeles, que enviaba la Reina á diversas operaciones, los escogia conforme á las gracias y virtudes que tenian para beneficio de los hombres.

168. Despues de remediada aquella alma, volvieron los demás Ángeles á la Reina á su oratorio en la misma nube que la habian traído. Luego se humilló, y se postró en tierra adorando al Señor, y dándole gracias por el beneficio de haber sacado aquella alma de la boca del dragon infernal; y por ello hizo un cántico de alabanza del Altísimo. Esta maravilla ordenó su gran sabiduria, para que los Ángeles, los Santos del cielo, los Apóstoles, y tambien los mismos demonios entendiesen el poder incomparable de María santísima: y que así como era Señora de todos, así tambien todos juntos no serian poderosos tanto como ella; y que nada se le negaria de lo que pidiese para los que la amasen, sirviesen y llamasen; pues aquella feliz doncella, por el amor que habia tenido á esta Señora divina, no fue despedida del remedio; y los demonios quedasen oprimidos, confusos y desconfiados de prevalecer contra lo que María santísima quiere y puede para sus devotos. Otras cosas para nuestra enseñanza se pueden notar en este ejemplo, que remito á la atencion y prudencia de los fieles.

169. No sucedió así á otros dos de los convertidos, que desmerecieron la eficaz intercesion de María santísima. Porque este ejem-

plo puede servir tambien de aviso y escarmiento (como el de Ananías y Safira) para conocer la astucia de Lucifer en tentar y derribar á los hombres, le escribiré como le he entendido, con las advertencias que encierra, para temer con David los justos juicios del muy alto ¹. Despues del milagro referido, tuvo permiso el demonio para volver al mundo con los suyos, y tentar á los fieles; porque así convenia para la corona de los justos y predestinados. Salió del infierno con mayor saña contra ellos; comenzó á investigar por dónde le abrian puerta para acometer, rastreando las inclinaciones malas de cada uno como ahora lo hace, con la confianza que le ha dado la experiencia de que los hijos de Adan inadvertidos, de ordinario seguimos las inclinaciones y pasiones, mas que la razon y la virtud. Y como la multitud no puede ser muy perfecta en todas sus partes, y la Iglesia iba creciendo en número, así tambien en algunos se entibiaba el fervor de la caridad; y el demonio tenia mayor campo en que sobreesbrar su zizaña. Reconoció entre los fieles que dos hombres eran de malas inclinaciones y hábitos antes que se convirtiesen, y que deseaban tener gracia y estrecha dependencia de algunos príncipes de los judíos, de quien esperaban algunos intereses temporales de honra y hacienda; y con esta codicia (que siempre fue raíz de todos los males ²) contemporizaban y lisonjeaban á los poderosos, cuya gracia codiciaban.

170. Con estos achaques juzgó el demonio que aquellos fieles estaban flacos en la fe y virtudes, y que podria derribarlos por medio de los judíos principales, de quienes tenian dependencia. Y como lo pensó la serpiente, así lo ejecutó y consiguió, arrojando muchas sujestiones al corazon incrédulo de aquellos sacerdotes, para que reprehendiesen y amenazasen á los dos convertidos por haber admitido la fe de Cristo y recibido su Bautismo. Hiciéronlo así como el demonio se lo administraba con grande aspereza y autoridad. Y como la indignacion en los poderosos acobarda á los menores que son de corazon flaco, y lo eran aquellos dos convertidos, apegados á sus propios intereses temporales, se resolvieron con esta párvula flaqueza en apostatar de la fe de Cristo, para no caer en desgracia de aquellos judíos poderosos, en quien tenian alguna infeliz y falsa confianza. Luego se retiraron de todo el gremio de los otros fieles, y dejaron de acudir á la predicacion y ejercicios santos que los demás hacian, con que se conoció su caída y perdicion.

171. Contristáronse mucho los Apóstoles por la ruina de aque-

¹ Psalm. cxviii, 120. — ² I Tim. vi, 10.

llos fieles, y por el escándalo que los demás recibirian con tan pernicioso ejemplo en los principios de la Iglesia. Confirieron entre sí si le darian noticia del suceso á María santísima, porque temian el desconuelo y dolor que le causaria. El apóstol san Juan les advirtió que la gran Señora sabia todas las cosas de la Iglesia, y aquella no se le podria ocultar á su vigilantísima atencion y caridad. Con esto fueron todos á darla cuenta de lo que pasaba con aquellos dos apóstatas á quienes habian exhortado para que se redujesen á la verdadera fe que habian descreido y negado. La piadosa y prudente Madre no disimuló el dolor, porque no era para ocultarle en la pérdida de las almas que ya estaban agregadas á la Iglesia. Convenia tambien que los Apóstoles conocieran en el sentimiento de la gran Señora la estimacion que debian hacer de los hijos de la Iglesia, y el celo tan ardiente con que habian de procurar conservarlos en la fe, y reducirlos al camino de salud. Retiróse luego nuestra Reina á su oratorio, y postrada en tierra, como solia, hizo profunda oracion por aquellos dos apóstatas, derramando copiosas lágrimas de sangre por ellos.

172. Y para moderar en algo su dolor con la ciencia de los ocultos juicios del Altísimo, respondió su Majestad, y la dijo: *Esposa mia, escogida entre mis criaturas, quiero que conozcas mis justos juicios en estas dos almas por quien me pides, y en otras que han de entrar en mi Iglesia. Estos dos, que han apostatado de mi verdadera fe, pueden hacer mas daño que provecho entre los demás fieles, si perseverasen en su conversacion y trato; porque son de costumbres muy depravadas, y han empeorado sus torcidas inclinaciones: con que mi ciencia infinita los conoce por réprobos, y así conviene desviarlos del rebaño de los fieles, y cortarlos del cuerpo místico de mi Iglesia, para que no inficionen á otros, ni les peguen su contagio. Necesario es ya, querida mia, conforme á mi altísima providencia, que entren en mi Iglesia predestinados y prescitos; unos, que por sus culpas se han de condenar, y otros, que por mi gracia se han de salvar con buenas obras; y mi doctrina y el Evangelio ha de ser como la red que recoge á todo género de peces, buenos y malos, y á prudentes y necios; y el enemigo ha de sembrar su zizaña entre el grano puro de la verdad ¹, para que los justos se justifiquen mas, y los inmundos, si quisieren por su malicia, se hagan mas inmundos ².*

173. Esta fue la respuesta que dió el Señor á María santísima en aquella oracion, renovando en ella la participacion de su divina

¹ Matth. xiii, 28. — ² Apoc. xxii, 11.

ciencia, con que se dilató su afligido corazón, conociendo la equidad de la justicia del muy alto en condenar con razón á los que por su malicia se hacían réprobos y indignos de la amistad de Dios y de su gloria. Pero como la divina Madre tenía el peso del santuario en su eminentísima sabiduría, ciencia y caridad, sola ella entre todas las criaturas pesaba y ponderaba dignamente lo que monta perder una alma á Dios eternamente y quedar condenada á tormentos eternos en compañía de los demonios; y á la medida de esta ponderación era su dolor. Ya sabemos que los Ángeles y Santos del cielo, que conocen en Dios este misterio, no pueden tener dolor ni pena, porque no se compadece con aquel estado felicísimo. Y si fuera compatible con la gloria de que gozan, fuera su dolor conforme al conocimiento que tienen del daño que es condenarse los que aman con caridad tan perfecta y desean tener consigo en la gloria.

174. Pues las penas y dolor que no pueden sentir los bienaventurados, de la condenación de los hombres, este tuvo María santísima en grado tan superior al que tuvieron ellos, cuanto les excedía esta divina Señora en la sabiduría y caridad. Para sentir el dolor estaba en estado de viadora, y para conocer la causa tenía ciencia de comprehensora; porque cuando gozó de la visión beatífica, conoció el ser de Dios y el amor que tiene á la salud de los hombres, como de bondad infinita, y lo que se doliera de la perdición de una alma, si fuera capaz de dolor. Conocía la fealdad de los demonios, la ira que tienen contra los hombres, la condición de las penas infernales, y eterna compañía de los mismos demonios y de todos los condenados. Todo esto, y lo que yo no alcanzo á ponderar, ¿qué dolor, qué pena y compasión causaría en un corazón tan blando, tan amoroso y tierno como el de nuestra amantísima María, sabiendo que aquellas dos almas y otras casi infinitas con ellas se perderían en la santa Iglesia? Sobre esta desdicha se lamentaba y muchas veces repetía: *¿Es posible que una alma por su voluntad se haya de privar eternamente de ver la cara de Dios, y escoja ver las de tantos demonios en eterno fuego?*

175. El secreto de la reprobación de aquellos nuevos apóstatas reservó para sí la prudentísima Reina, sin manifestarlo á los Apóstoles. Pero estando así afligida y retirada, en aquella ocasión entró el evangelista san Juan á visitarla y saber lo que le mandaba hacer, ó en qué servirla. Y como la vió tan afligida y triste, se turbó el Apóstol, y pidiéndola licencia para hablarla, dijo: *Señora mía y Madre de mi Señor Jesucristo, despues que su Majestad murió, nun-*

ca he reconocido vuestro semblante tan afligido y doloroso como ahora, y bañados en sangre vuestro rostro y ojos. Decidme, Señora, si es posible, la causa de tan nuevo dolor y sentimiento, y si puedo aliviarnos en el con dar mi propia vida. Respondió María santísima: *Hijo mio, lloro ahora por esta misma causa.* Entendió san Juan que la memoria de la pasión había renovado en la piadosa Madre tan acerbo y nuevo dolor, y con este pensamiento la replicó así: *Ya, Señora mía, podeis moderar las lágrimas, cuando vuestro Hijo y Redentor nuestro está glorioso y triunfante en los cielos á la diestra de su eterno Padre. Y aunque no es razón olvidemos lo que padeció por los hombres, tambien es justo os alegreis con los bienes que se han seguido de su pasión y muerte.*

176. *Si despues que murió mi Hijo (respondió María santísima) le quieren crucificar otra vez los que le ofenden y niegan, y malogran el fruto inestimable de su sangre, justo es que yo lllore, como quien conoce de su ardentísimo amor con los hombres, que padeciera por el remedio de cada uno, lo que padeció por todos. Veo tan mal agradecido este amor inmenso, y la perdición eterna de tantos que debían conocerle, que no es posible moderar mi dolor, ni tener vida, si no me la conserva el mismo Señor que me la dió. Ó hijos de Adán, formados á la imágen de mi Hijo y de mi Señor, ¿en qué pensais? ¿Dónde teneis el juicio y la razón para sentir vuestra desdicha si perdeis á Dios eternamente?* Replicó san Juan: *Madre y Señora mía, si vuestro dolor es por los dos que han apostatado, bien sabeis que entre tantos hijos ha de haber infieles siervos; pues en nuestro apostolado prevaricó Judas en la misma escuela de nuestro Redentor y Maestro. Ó Juan (respondió la Reina), si Dios tuviera voluntad determinada de la perdición de algunas almas, pudiera aliviar algo mi pena; pero aunque permite la condenación de los réprobos, porque ellos se quieren perder, no era esta absoluta voluntad de la divina bondad, que á todos quisiera hacer salvos¹, si ellos con su libre albedrío no le resistieran; y á mi Hijo santísimo le costó sudar sangre el que no fuesen todos predestinados, y alcanzase con eficacia la que por ellos derramaba. Y si ahora en el cielo pudiera tener dolor de cualquiera alma que se pierde, sin duda le tuviera mayor que de padecer por ella. Pues yo, que conozco esta verdad y vivo en carne pasible, razón es que sienta lo que mi Hijo tanto desea y no se consigue.* Con estas y otras razones de la Madre de misericordia se movió san Juan á lágrimas y llanto, en que la acompañó grande rato.

¹ I Tim. II, 4.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

177. Hija mia, pues en este capítulo con particularidad has entendido el incomparable dolor y amargura con que yo lloré la perdición de las almas ajenas; de aquí conocerás lo que debes hacer por la tuya y por ellas, para imitarme en la perfección que yo de tí quiero. Ningun tormento, ni la misma muerte rehusara yo, si fuera necesario para remediar á cualquiera de los que se condenan, y lo reputara por descanso en mi ardentísima caridad. Pues ya que tú no mueras con este dolor, por lo menos no excuses el padecer todo lo que el Señor ordenare por esta causa, y tampoco el pedir por ellas y trabajar con todas tus fuerzas para excusar en tus hermanos cualquiera culpa, si pudieras atajarla; y cuando no luego la consigas, ni conozcas que te oye el Señor, no por esto pierdas la confianza, sino avivala y persevera, que esta porfía nunca puede desagradarle, pues desea él, mas que tú, la salvación de todos sus redimidos. Y si todavía no fueres oída ni alcances lo que pides, aplica los medios que la prudencia y la caridad pidieren, y vuelve á pedir con nueva instancia; que siempre se obliga el Altísimo de esta caridad con el prójimo, y del amor que obliga á impedir el pecado de que se ofende. No quiere la muerte del pecador¹; y como has escrito, no tuvo por sí voluntad absoluta y antecedente de perder á sus criaturas, antes las quisiera salvar á todas, si ellas no se perdieran; y aunque lo permite por su justicia, permite lo que le es de su desagrado por la condición libre de los hombres. No te encojas en estas peticiones; mas las que fueren de cosas temporales preséntalas, y pídele haga su voluntad santa en lo que conviene.

178. Y si por la salvación de tus hermanos quiero que trabajes con tanto fervor de caridad, considera lo que debes hacer por la tuya, y en qué estimación has de tener tu propia alma, por quien se ofreció infinito precio. Quiérote amonestar como Madre, que cuando la tentación y pasiones te inclinen á cometer alguna culpa, por levisima que sea, te acuerdes del dolor y lágrimas que me costó el saber los pecados de los mortales y desear impedirlos. No quieras tú, carísima, darme la misma causa; que si bien no puedo ahora recibir aquella pena, por lo menos me privarás del gozo accidental que recibiré de que habiéndome dignado de ser tu Madre y Maestra para gobernarte como á hija y discípula, salgas perfecta, como

¹ Ezech. xxxiii, 11.

enseñada en mi escuela. Y si en esto fueres infiel, frustrarás muchos deseos míos de que en todas tus obras seas agradable á mi Hijo santísimo, y le dejes cumplir en tí su voluntad santa con toda plenitud. Pondera, con la luz infusa que recibes, cuán graves serian tus culpas, si alguna cometieras despues de hallarte tan beneficiada y obligada del Señor y de mí. No te faltarán peligros y tentaciones en lo que tuvieres de vida; mas en todas te acuerda de mi enseñanza, de mis dolores y lágrimas, y sobre todo de lo que debes á mi Hijo santísimo, que tan liberal es contigo en favorecerte y aplicarte al fruto de su sangre, para que en tí halle retorno y agradecimiento.

CAPÍTULO XI.

Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba á los nuevos fieles; y lo que hizo con san Estéban en su vida y muerte; y otros sucesos.

Ciencia que se le dió á María correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia. — Caridad que tuvo en correspondencia á esta ciencia. — Orden de su caridad interior en correspondencia á los méritos de los sujetos. — Gobierno de las demostraciones exteriores para excusar las emulaciones y envidia. — Cuán importante fue esta enseñanza para los Prelados de la Iglesia, y para los que reciben singulares dones divinos. — No por esto faltaba á la veneración exterior que se debía á cada uno segun la dignidad ó ministerio que tenia. — Prudentísima igualdad del amor exterior de María á los fieles sin que á nadie tuviese querelloso. — No quiso distribuir officios ni interceder por alguno para que se lo diesen. — Ejemplo de humildad que con esto dejó para que nadie presuma gobernar por sí lo que requiere consejo. — Mengua de virtud que trae consigo el interceder para que otros consigan cosas temporales. — No por esto negaba la prudentísima Virgen su consejo y dirección para las acciones que la consultaban. — Especial amor que tuvo María á san Estéban desde que comenzó á seguir á Cristo. — Condiciones que tenia san Estéban para ser amado especialmente de la Virgen. — Cómo correspondía san Estéban á los favores de Cristo y su Madre. — Devoción que tuvo siempre á la Madre de Dios. — Palabras proféticas con que previno María á Estéban para el martirio. — Cuánto inflamó este aviso en el deseo del martirio al corazón de Estéban. — Encendido en este deseo por las palabras de María, se señaló tanto en la predicación y disputas. — Temor que tuvo el demonio de que san Estéban consiguiese públicamente el martirio. — Persuadió á los mas pérfidos judíos que le diesen ocultamente la muerte. — Medios con que le libró la Madre de Dios. — En tres ocasiones le sacó por medio de un Ángel de una casa donde le querian ahogar. — Otras veces le avisaba con el Ángel del peligro. — Otras le detenía en el cenáculo, sabiendo le aguardaban para matarlo de noche. — Querellábase amorosamente Estéban á María, viendo que le libraba tantas